

13 – EL MERCENARIO – HOGAR, EFÍMERO HOGAR

Por fin, tras muchos días, demasiados, yendo a paso lento sobre un remolque llevado por caballos con la montaña de dinero conseguida en el último encargo, llegamos al pueblo donde está nuestro gremio, La Diablesa, en Puente del Viento, un pueblo en crecimiento donde cada vez hay más cosas, y en el centro está nuestro gremio y el bar de la familia de Loob, en el mismo local. El aprendiz de draconólogo que nos ha acompañado todo el camino por orden de Jodra, se ha encargado de cuidar de los caballos y de contarle a Loob todos los trapos sucios que podía de ella, así tendrá armas contra ella cuando vuelva al gremio. Nos deja en la puerta, en un enorme local de madera al modo tradicional con un gran cartel encima de la puerta vaivén del tamaño de un hombre adulto en el que pone “La Diablesa, Gremio de Mercenarios Cazadores”, con una diablesa algo obscena pintada al lado. Cargamos los barriles llenos de svars de oro en las carretillas que nos han prestado los draconólogos y entramos en el local. Laab está de los nervios, pero también ilusionada, era la primera vez que salía del bosque donde se crió, y no se separa de Loob. Entramos en el local, dividido en dos ambientes, a mano derecha está la barra donde está la jefa, es la parte de los mercenarios que quieren trabajar, ella se encarga de recibir los pedidos de encargos y de repartirlos entre los mercenarios registrados en nuestro gremio, a los que ella considera adecuados para el trabajo, de normal esto es un vaivén de gente, pero la parte izquierda, la del bar, es otro cantar, aquí vienen los mercenarios con ganas de gastar sus sueldos y otros del pueblo a los que les gusta el servicio. Con el tiempo, el número de mesas del bar ha aumentado, y ya llegan incluso a la parte derecha, aunque no llega a tapar el espacio reservado para que la jefa pueda hablar tranquilamente con sus empleados, y un tablón con encargos relativamente más sencillos que puedan hacer novatos y encargos generales, que no nos hayan pedido exclusivamente a nosotros y pueda coger el que le dé la gana sin representar a un gremio. Solo los usan los novatos o los que están algo desesperados por conseguir algo de dinero para llegar a fin de mes y los que llamamos mercenarios libres, son los que hace cualquier clase de encargo, sea cazar, entrar en guerra, etc... y los que no tienen un gremio base, es decir, los que van viajando por todo el continente haciendo encargos, se paran en el gremio más cercano y cogen otro encargo así, pero en estos encargos suelen acudir varios mercenarios a la vez, con lo que se queda la paga el primero que lo cumpla, por lo que es un estilo de vida algo arriesgado, la mayoría suele optar por registrarse en un gremio y recibir encargos así.

La jefa está detrás de su barra, como siempre, es una mujer muy hermosa, con el aspecto de una joven de veinte años, aunque tiene bastantes años más, con el pelo muy largo y rizados, negro oscuro, suelto, con el flequillo que le tapa gran parte de la frente y se recoge tras su oreja derecha, y en el lado izquierdo cae como una catarata negra hasta más allá de los pechos. Con los ojos pintados de púrpura y acabados en punta hacia arriba con los bordes negros, y los labios de un rojo oscuro brillante. Lleva una cazadora blanca abierta a la altura del estómago, el cuello con forma de alas de murciélago levantadas hacia arriba, con mangas hasta las muñecas, debajo una camiseta rosa con escote con las alas de diablesa, insignia de nuestro gremio, en ella. Una camiseta a modo de falda con un cinturón con una hebilla grande con las alas de diablesa grabadas, negro sobre dorado, y unos pantalones con la forma de la piel de una jirafa, amarillo oscuro con sus manchas negras que lo cubren casi todo, y en los pies unas pequeñas botas negras de tacón metidas dentro de los pantalones. En su mano derecha, como siempre, tiene su pipa larga y blanca con boquilla dorada que parece una olla en

Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda – Libro 1

miniatura para su menta azul, fumarla le ayuda con una infección en la garganta, la menta azul es un producto medicinal que tiene que ser fumado, le alivia el dolor de unas llagas en la garganta. Está apoyada como siempre en la barra con el codo derecho y el brazo izquierdo apoyados en la barra y su pipa en la mano derecha, muy elegante, tomando una calada de vez en cuando y soltando ese humo más azul que negro mientras espera para dar o recibir trabajo. Al vernos nos sonrío y nos saluda con la mano, y al ver los cofres empieza a sacar libretas de contabilidad.

—Ya era hora, me dijiste que estarías de vuelta en menos de una semana. Me tenías muerta de la preocupación, señorito, eso no se le hace a una madre. —Dice la madre de Loob en cuanto lo ve, una mujer de estatura normal que ha ido cogiendo peso a un ritmo preocupante con los años, pelo castaño lleno de canas y recogido en una trenza no muy larga. Es una mujer que grita mucho, pero más buena que el pan.

—Que impacientes sois las mujeres, se nos ha hecho algo tarde, el trabajo era más complicado de lo que se suponía. —Dice Loob encogiéndose de hombros y poniendo una expresión exagerada de suplicio.

—Habrás cobrado bien al menos, ¿no? —Le dice mientras se pone el paño con el que limpiaba una mesa en el hombro.

—Por supuesto, te voy comprar muchos caprichitos, ya verás. —Dice sonriéndola y esperando algún comentario que no llega, la mira y ella no le quita ojo a Laab.

—¿Quién es esta niña? ¡Ay, Dioses! ¡Ya ha pasado! ¡¡Cariño!! —Grita con la suficiente fuerza como para que su esposo la oyera aunque estuviera en el bosque recogiendo setas.

Él, un hombre con calva incipiente, bigote cuidado y cejas espesas sale a la barra con un plato a medio lavar en la mano.

—¿Qué pasa, cielo? —Pregunta preocupado.

—¿Que qué pasa? ¡Que tu hijo le ha hecho un bombo a una pobre idiota, eso es lo que pasa! —Le grita al marido mientras señala a Loob, que se ha quedado perplejo.

Loob va a contestar, pero entre que abre la boca y sale el primer sonido se lleva un bandejazo metálico en la cabeza por detrás.

—¿¡A qué ha venido eso!?! —Pregunta Loob mientras se da la vuelta.

Ahí está Dama, con su delantal sobre su uniforme de camarera sencillo, azul oscuro, con volantes en el cuello y en las mangas cortas y una falda larga hasta casi los tobillos y un pañuelo en la cabeza para mantener el pelo en su sitio y no se meta en los ojos ni en los platos cuando los deja en la mesa, y su larga melena castaña recogida en una enorme trenza que le llega hasta la cintura.

—¿¡Que a qué ha venido!?! ¡Mira lo que pasa por irte siempre con la primera que ves! ¡Mira que te lo hemos advertido! ¡Pero nooooo! ¡Ahí está el machote de Loob para darle hijos a todas las niñas tontas que se lleva al catre! —Le dice rabiosa y le pega otro bandejazo en la cabeza.

—Vamos, tranquilas las dos, seguro que tiene una buena explicación para esto, no os sulfuréis. —Dice el padre de Loob intentando calmar a las dos mujeres encolerizadas.

—Gracias, al menos uno está de mi parte. —Dice Loob algo exaltado.

—¿Cómo te llamas, preciosa? —Le pregunta el padre de Loob a Laab después de ponerse en cuclillas.

—Laab. —Dice la pequeña entrecortada, entre lo tímida que es de por sí y esta escena la pobre está de los nervios.

El padre se queda en blanco, se levanta, y después de guardar un poco de silencio dice:

—Blanco y en botella... —Dice dando un suspiro. Señal que toma Dama para darle otro bandejazo.

Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda – Libro 1

—¡Que no es hija mía! —Dice Loob intentando protegerse como buenamente puede de la ira de Dama.

—Hombre, pues bien que le han puesto tu nombre prácticamente. —Dice su madre con los brazos cruzados.

—¡Eso no es más que una coincidencia! —Dice Loob que ya no sabe cómo salir de ahí.

Así que intervengo yo con la esperanza de ayudarlo un poco, me acerco a Laab, me agacho y le tapo los oídos y todos se me quedan mirando esperando oír lo que tengo que decir.

—Laab es la hija de una prostituta que salió de la calle y vivía en Manzeros, donde un wyvern mató a su madre, su única familia desde la muerte de su padre hace un tiempo. Nadie se quiso hacer cargo de ella por la profesión que ejerció su madre, y la pequeña se encariñó de Loob cuando él la salvó del wyvern y la protegió hasta que acabamos con la bestia. Como no tenía hogar y Loob y ella se habían encariñado la acogió con la esperanza de darle un hogar aquí. —Les explico todo lo resumido que puedo su situación con serenidad.

—Así que era eso. —Dice su madre entre lágrimas, secándose los ojos con el paño.

—Pobrecita. —Dice su padre mientras se agacha y le da un beso en la frente.

Dama se agacha y la abraza con fuerza.

—No te preocupes, Laab, ésta es ahora tu casa. —Le dice Dama entre lágrimas y ésta le devuelve el abrazo.

—¿¡Qué pasa aquí!? ¿¡A mí me freís a golpes y no me creéis ni una palabra y a él se lo creéis todo sin cuestionarlo!? —Dice Loob cabreado, o más bien fingiendo cabreo, creo yo.

—Obviamente, tú eres un mentiroso compulsivo además de un mujeriego sin remedio. —Dice Dama recalcando el “mujeriego” mientras lo mira de reojo con malos ojos.

—Tener familia para esto... —Dice Loob agachando la cabeza y suspirando.

Los tres se llevan a Laab para enseñarle su nuevo hogar, la han aceptado enseguida. Aquí vemos siempre casos de todo tipo, y no tenemos tantos prejuicios como en otros lugares, al fin y al cabo, entre los mercenarios suelen estar todas las historias tristes que puedan existir, y la muerte no nos es ajena, por eso aquí apreciamos más los valores de una buena familia y de vivir un día más.

Como este tema parece solventado, me voy con los cofres hasta la barra de la jefa, mientras Loob se va a regañadientes con su familia y la pequeña, no quiere dejarla sola hasta que se acostumbre un poco. La jefa ha estado mirando toda la escena y me sonrío.

—¿Un nuevo miembro en nuestra familia? —Me pregunta con una cálida sonrisa.

—Eso parece. —Le contesto.

—Bueno, ya he oído la versión resumida, ¿me cuentas ahora la historia completa? —Me pregunta mientras se pone cómoda en la barra.

Como de costumbre, tras un encargo, toca contarle todo lo ocurrido a la jefa, como se ha llevado a cabo el trabajo, los problemas, con las bestias y con los clientes, nuestro estado físico y el beneficio obtenido. Básicamente lo que afecta a la reputación del gremio, sea bueno o malo, si estamos enteros para seguir trabajando o pasar nuevos trabajos a otros y el dinero obtenido. Una parte de las recompensas van a parar al gremio, así se mantiene. Al enseñarle los cofres llenos hasta las trancas, ella vuelve a sonreírme.

—Estupendo como siempre. Coge lo que quieras y apunta aquí la cifra, los tipos del banco vendrán luego y se lo llevarán. —Me dice mientras escribe cifras y nombres en un papel del banco.

Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda – Libro 1

No en todos sitios hay bancos, y menos en pueblos como éste, pero allá donde hay una base de un gremio se suele mover mucho dinero, eso es en parte lo que está haciendo crecer al pueblo, que cada año es más grande.

—Bueno, me voy a dormir, llevadme la comida de la cena a mi habitación. —Le digo y me pongo rumbo a las escaleras de la segunda planta, esperando poder llegar a ellas. Pero no podrá ser, me pone la pipa en medio para detenerme y me mira con una sonrisa pícara y juguetona.

—Otra vez no, jefa... —Le digo cansado.

—El cliente lleva dos días esperándote, es urgente, y le prometí que hablarías con él en cuanto llegaras. Ya están preparando una buena comida para que recuperes fuerzas, y ya podrás dormir en el carruaje. —Me dice sonriendo, una sonrisa que solo conocemos los que trabajamos aquí, una sonrisa que es sinónimo de orden. Es la cuarta vez seguida que me lo hace, ya ni recuerdo la última vez que dormí aquí, es llegar al gremio tras un trabajo y salir a los pocos minutos con uno nuevo. Eso quiere decir que se me tiene en cuenta, y me alegro, pero estoy reventado. Pero no puedo negarme, me gustaría descansar y reparar mi equipo, pero esta vez no podrá ser. La jefa me señala una mesa en la que Dama ya me está sirviendo la comida, al menos hay mucha carne y la prepara Gris, el padre de Loob, que es bastante bueno. Así que me siento y pido agua, como me ponga a beber ahora alcohol caeré redondo sin remedio.

Unos minutos después llega el cliente, un hombre bien vestido, algo mayor y encorvado, bien afeitado, con una calva pronunciada y el resto de pelo negro con muchas canas, más canas con pelo negro que otra cosa.

—Gracias a los Doce que llega a tiempo. —Dice jadeando, se nota que estaba durmiendo—Por favor, no tenemos mucho tiempo, debemos coger el carruaje ya.

—Cuando termine de comer. Mientras tanto puede hablarme del trabajo. —Le digo señalándole la silla de enfrente, para que se siente.

—No tenemos tiempo, señor. Ya vamos muy apurados. —Dice realmente nervioso.

Yo le ignoro y sigo comiendo, tengo la máscara en la mesa, a mano izquierda, con la capucha echada todo lo posible. El hombrecito capta el mensaje y se calla, pero no se sienta, está de pie moviéndose sin parar en el mismo sitio, restregándose las manos como si fuera una mosca. Es realmente molesto.

—¿En qué consiste el trabajo? —Le pregunto.

—El señor Conde fue muy explícito en que no debía hablar del tema con nadie, ni siquiera con usted, será él el que le informe de lo que debe hacer. —Me dice mientras se disculpa agachando la cabeza una y otra vez.

—¿Tampoco sabe en qué consiste la señora Azaba? —Le pregunto, Azaba es el nombre de la jefa.

—No, señor, no debe saberlo nadie. —Insiste.

Esto no me gusta nada, una misión clandestina. Y además con un miembro de la nobleza implicado. Estos casos no son raros en los mercenarios negros, que se dedican a matar por encargo, están al margen de la ley y son los que nos dan mala fama al resto de mercenarios. Pero no es nada frecuente guardar en secreto la caza de una bestia.

—Sabes que soy un mercenario cazador y no uno negro, ¿verdad? —No me gustaría que me confundiera por mi aspecto.

—Por supuesto, señor, por supuesto. —Dice sudando como un pollo, agachando la cabeza una y otra vez y frotándose las manos sin parar.

Así no hay manera de comer. Así que antes de terminármelo todo y quedar satisfecho me limpio la boca de la grasa de la pata de cerdo que sí me he terminado, me pongo la máscara y me levanto. El hombrecillo se ve claramente aliviado y parte a la puerta para abrírmela. ¿Es un mayordomo? Esto cada vez me parece más raro. Me despido con la

Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda – Libro 1

mano de la jefa, que me devuelve la despedida con una sonrisa tomando otra calada de la pipa, y otra más general para el resto que están en el bar, sin pararme a mirar quien me lo devuelve y quien no, me da un poco igual, yo solo lo hago por educación. Salgo a la calle y veo que delante ya hay un carruaje más cutre de lo que me esperaba para un noble, pero al entrar está lleno de lujos, supongo que será un carruaje para nobles que quieran viajar con tranquilidad. Estoy reventado, y los asientos son mullidos y amplios, así que voy a aprovechar el camino para dormir, pero antes hay algo que quiero saber.

—¿Voy a trabajar solo? —Le pregunto al hombrecillo.

—No, señor, el señor Conde también ha contratado a una mercenaria libre, ella ya debe estar esperando en casa del señor Conde. —Dice mientras se acaricia las manos, ese gesto ya empieza a irritarme.

¿Una mercenaria libre? Estupendo, el cliente es un rico caprichoso que contrata por fama a quienes quiere, y yo voy a tener que trabajar con una desconocida que además es un “alma libre” que no tiene gremio base y que por tanto no responde ante nadie, lo cual puede ser una verdadera amenaza para mí, dependiendo de como sea ella. No tiene sentido darle vueltas a qué podría ser, así que me duermo sentado después de darle instrucciones al hombrecillo de que me despierte solo cuando lleguemos.